

ARTE Y CIENCIA



*No es saber, saber hacer
discursos sutiles vanos;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

JOSÉ GALLEGO DÍAZ *

¿Quién era aquel hombre de revuelto pelo entrecano y de nerviosos gestos que casi a diario veía yo, camino de la Biblioteca General, llenar de números y de fórmulas el encerado de una de las aulas de la Escuela de Economía?

Por dicha grande para mí una extraña circunstancia me deparó su trato. Poseía nada menos que el manuscrito original de las Ordenanzas municipales concedidas a la ciudad de Úbeda, en Andalucía, su pueblo natal, por los Reyes Católicos, y me hacía el honor de averiguar mi opinión sobre tan valioso códice. Así conocí a José Gallego Díaz, e inicié con él una amistad que el transcurso del tiempo fue haciendo más estrecha.

Al terminar sus clases, solíamos vernos muchas veces en la Biblioteca, para cuyo *Boletín* preparó en 1963 un *Ensayo sobre una bibliografía de la física clásica y moderna*, estudio modelo, para el que adoptó fundamentalmente la clasificación usada en sus recensiones por la revista inglesa *Physics Abstracts*, y en el cual puso hábilmente a contribución cuantos recursos, directos o indirectos, logró haber a la mano.

«Toda clasificación —escribió entonces a modo de prólogo— supone la introducción de uno o más elementos arbitrarios por parte del recopilador. Por ende, agradeceremos a nuestros lectores que nos sugieran las modificaciones o innovaciones que a ellos les parezcan oportunas, y que procuraríamos tener en cuenta en el futuro, ya que esta bibliografía en modo alguno tiene carácter de *cerrada*, pues pensamos continuarla en números posteriores del *Boletín*, para intentar con ello mantenerla al día».

* Palabras pronunciadas en el homenaje a la memoria del gran matemático español, organizado el 12 de febrero de 1965 por el Colegio de Economistas de Venezuela (Seccional Zulia)

Palabras notables, que hemos reproducido en su integridad, porque ellas ponen de relieve una de las características de toda la obra de Gallego Díaz: la de no ser los suyos trabajos *cerrados*, sino perennemente susceptibles de novedades celosamente aquilatadas, así como de complementos y rectificaciones.

Siguieron a la mencionada otras colaboraciones, ahora en forma de reseñas, sobre temas muy diferentes: historia del pensamiento filosófico en la Antigüedad, aparición del libro, y otras, en todas las cuales son de admirar la agudeza del sentido crítico de nuestro amigo y la lucidez de una mente como la suya, formada en el rigor de las especulaciones matemáticas.

Lejos de mi intención el formar juicio sobre la contribución de Gallego Díaz al progreso de las difíciles disciplinas en las que fue maestro de autoridad reconocida. El profesor Ferrer acaba de hacerlo a cabalidad y con la competencia que le es habitual. Sólo me permitiré traer a cuenta las palabras con que Julio Rey Pastor y Antonio Flores de Lemus, maestro el primero y compañero el segundo de Gallego, prologaron en 1955 la segunda edición de su *Curso de matemática en forma de problemas*, que en el indicado año publicó en Madrid la editorial Dossat. Recordaba aquél, que el buen éxito alcanzado por esta obra no se había debido al discutible privilegio de haber podido quien la escribió imponerla a sus discípulos como *libro de texto* obligatorio, sino a su utilidad, a su originalidad, a la experiencia didáctica de su autor y a la circunstancia de haber éste incorporado en su *Curso* temas pocas veces tocados en la bibliografía científica española. Y Flores de Lemus, a quien con rara unanimidad reconocen quienes saben de estas cosas como uno de los más profundos matemáticos de la hora actual, tras de poner de manifiesto la originalidad de muchos de los problemas incluidos en el libro de referencia y la circunstancia de que otros, ya clásicos, aparecieran allí resueltos con extraordinarias brevedad y elegancia, añadía: «Ninguno de estos méritos son extraños, cuando el profesor, como en el caso de Gallego Díaz, constituye una de las excepciones en el pobre paisaje de nuestro mundo científico. Porque Gallego Díaz no es un repetidor, en las cla-

ses, de una ciencia adquirida, sino que su verdadera vocación se ha ejercitado y se ejercita constantemente en problemas científicos que trascienden de la reducida esfera de la clase. No otra es la causa que da a esta colección de problemas un sello típico que demuestra la existencia de un científico desplazado, siquiera sea por perentoriedades, a un campo de actividad de rango menor».

Significativas palabras que por venir de quienes vienen, nos hacen ver cuán dura e irreparable sea la pérdida que con la inesperada y súbita muerte del doctor Gallego Díaz ha experimentado la ciencia de habla española y la investigación matemática, porque ambas ven desaparecer una de sus figuras más sobresalientes. Y junto al investigador, coloquemos el divulgador hábil y ameno, pues de que lo era en grado difícilmente superable dio elocuente testimonio en las memorables lecciones que dictó en la Escuela de Periodismo de nuestra Facultad de Humanidades sobre los problemas y los progresos de la ciencia moderna; ni es ello de extrañar en quien como el llorado profesor poseía como pocos exactitud y amplitud en la información bibliográfica, documentación riquísima, juicio sereno e imparcial, que sólo se tornaba agresivo y hasta implacable ante el espectáculo de la mediocridad que mal logra encubrirse con los oropeles de la vana retórica, y estilo vivo, sobrio y verdaderamente adecuado a la naturaleza de sus disquisiciones. Buen servicio se haría con la recopilación de sus trabajos dispersos, pues ella vendría a ser como la voz misma de su autor, dispuesto siempre a comunicar con el primer llegado los tesoros de su saber.

Muchos de quienes me escuchan saben que no hay exageración ni intentos panegíricos en mis palabras; saben que todo el que se acercó a Gallego Díaz en demanda de un consejo, de una orientación, de un dato, encontró en él lo que debe de haber en quien aspire con pleno derecho de decorarse con el título de maestro.

Cuando tantos que han echado sobre sus hombros, sin que nadie les hiciera fuerza, la enorme responsabilidad del profesorado, viven sin inquietudes, nuestro amigo no se reposaba ni veía saciada su curiosidad de saber y de ensanchar su capacidad de admiración, de las que ha de-

jado huellas perdurables, no sólo en el campo estrictamente científico, sino en los muy variados de la filosofía, la poesía, los problemas sociales, la crítica literaria y artística, etc.

Preparaba, que sepamos, la segunda parte de su Manual de Matemáticas, editado no hace mucho por la Universidad del Zulia; no abandonaba su proyecto de continuar la bibliografía de la física, a que antes aludíamos, y en un futuro próximo escribió al frente de esta monografía «si la fortuna no nos es adversa, procuraremos ampliar este ensayo con otros del mismo tipo consagrados a la Matemática, a la Estadística, a la Química, a la Genética, a la Economía y a la Agronomía. En todos ellos —concluía— intentamos incluir la mayor cantidad posible de obras y trabajos publicados en América Latina o bien de autores en ella nacidos».

«Si la fortuna no nos es adversa», escribió él. ¡Lo que nos dicen estas palabras! Porque la fortuna, esquivada diosa, que a ciegas otorga sus favores a los mortales, no quiso mostrársele propicia. Cuando en la madurez de su talento y de su experiencia teníamos derecho a esperar de estos dones lo mejor, *Di aliter voluerunt*: los dioses, el destino o la Providencia lo tenían dispuesto de modo muy distinto del que parecía natural y lógico.

Porque era él ardiente llama que derramaba en torno su calor; resplandor vivo que ponía un toque luminoso en derredor suyo; espíritu no llamado a apagarse de pronto, sino gradualmente, con el correr de los años y tras de haber dado de sí los frutos todos de su preclara inteligencia. *Di aliter voluerunt*: Pero aún así no nos resignamos ni cesamos de preguntarnos angustiosamente la razón de que hayan podido ocurrir las cosas de tan extraño y trágico modo.

Porque cuando acontece desaparecer una persona en la mocedad o en el pleno goce de su vigor intelectual, es contradiciéndolo y repugnándolo la naturaleza. Catón el mayor, en el celebrado diálogo ciceroniano *De la vejez*, comparaba la muerte de un joven con la llama que se extingue vertiéndole encima mucha agua, y la de un anciano con el fuego que de por sí se consume y apaga sin ser obligado de ninguna extraña fuerza; que así como los

frutos —dice— cuando están verdes, hay que arrancarlos de la rama, y se caen ellos mismos maduros y en sazón, así también es una violencia lo que priva de la vida a la gente joven todavía, mientras que la muerte de las personas de edad acontece a su tiempo».

Mas perdonad que no quiera seguir molestando vuestra benévola atención con mis palabras, pobre tributo al amigo que nos ha sido arrebatado, «contradiciéndolo y repugnándolo la naturaleza», ni sufrir yo mismo por más tiempo la tortura de una emoción difícilmente reprimible.

Creo que al eminente profesor que fue José Gallego Díaz podría aplicársele, con una ligera enmienda, la definición que del orador perfecto nos dejó Quintiliano: *vir bonus, docendi peritus*: hombre bueno y perito en el arte de enseñar. Y eso fue él: un hombre bueno, presto siempre a prodigar los tesoros de la santa amistad, el bien más inestable que Dios ha puesto en los corazones humanos, y un hombre sabio, creador de ciencia y capaz de transmitirla a los demás desde la cátedra y en el libro.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.

Maracaibo, Venezuela.